

HOMENAJE A VÍCTOR ANDRÉS BELAUNDE *

Los Andes en la obra de Víctor Andrés Belaunde

Franklin Pease G.Y.

En 1906 publicaba José de la Riva-Agüero un artículo en la *Revista Histórica* ("Examen de la primera parte de los *Comentarios Reales*"); con él polemizó Manuel González de la Rosa. En 1908, la tesis universitaria de Víctor Andrés Belaunde, *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, daba otras y variadas luces a la discusión: una nueva generación descubría temas de la historia peruana y, a su manera, los Andes. La influencia allí iniciada fue lo suficientemente poderosa como para ser aceptada por apologistas y críticos. En 1910 presentaba y editaba Riva-Agüero *La historia en el Perú*, su tesis para el doctorado en Letras. En tal conjunto se encuentra un germen interesante que explica, por la calidad de los trabajos mencionados, que el ambiente universitario alcanzara un predicamento excepcional -pocas veces repetido- en la vida peruana. Los temas iniciales surgían vinculados a los Andes y su gente, a los tiempos previos a la presencia española; la historiografía peruana parecía atravesar la barrera romántica iniciada por los historiadores que se ocuparon del Perú independiente en los tiempos republicanos iniciales: desde aquel entonces la historia de los Incas habíase convertido en un pasado glorioso, que los historiadores no sabían muy bien como transitar. Obras específicas de Sebastián Lorente se habían ocupado de las sociedades prehispánicas y particularmente de los Incas, si bien la generación que iniciaba sus tareas académicas a comienzos del siglo XX (Belaunde, Riva-Agüero, García Calderón), no parecía guardar un aprecio especial por el historiador español que había poblado de textos importantes los centros de enseñanza nacionales.

* Discursos pronunciados en el homenaje del Instituto Riva-Agüero a Víctor Andrés Belaunde, al conmemorarse el XXV aniversario de su muerte. Lima, 16 de diciembre de 1991.

Lo que se inauguraba entonces era justamente una forma más erudita de hacer historia; pero también con Riva-Agüero y Belaunde, especialmente con el último, ingresaba a comienzos del siglo una distinta temática que llevaría a una mejor comprensión de lo andino. Se originaba en las investigaciones de autores como el alemán Heinrich Cunow, cuyas publicaciones habían dado origen a nuevas formas de considerar a la historia incaica. Cunow fue uno de los iniciadores de la investigación sobre organización social andina, y su influencia en Belaunde fue más clara que sobre otros autores peruanos de inicios del siglo; ello se aprecia, sobre todo, en los estudios iniciales de ese último, como el ya mencionado *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, en las conferencias citadas a veces al paso en obras posteriores (como *La realidad nacional*, y no siempre recogidas en sus Obras Completas) y en sus posteriores trabajos relativos a la presencia de los incas en la región amazónica (editados en 1911; cf. Belaunde 1987, vol. 1).

Las investigaciones de Cunow fueron divulgadas a partir de los años finales de la década de 1880, principalmente en la revista alemana *Das Ausland*; dentro de una línea evolucionista, con evidente influencia de Marx y Engels, a los que se halló cercano. Como bien se sabe, Engels popularizó en su libro *El origen de la familia, la propiedad y el estado*, las ideas fundamentales de Lewis Henry Morgan acerca de la evolución social. A su vez, Cunow planteaba que el ayllu andino se había organizado en una etapa de "comunismo agrario". Belaunde, siempre más fiel a las obras de Herbert Spencer, sostenía que los incas eran un estado militarista expansivo; no negaba sin embargo, sino al contrario, los orígenes sociales de la comunidad andina. Años más tarde, en una anotación a su libro *Peruanidad*, Belaunde ampliaría sus criterios: había sostenido inicialmente que la identificación del ayllu andino era claramente una comunidad de aldea, aunque no era el "arquetipo del estado socialista". Después suscribió la tesis que afirmaba que en los Andes existió un "...prototipo de monarquía paterna y de un comunismo organizado y planeado por los incas, posición que aceptaba la base de las comunidades de aldea pero al mismo tiempo una sabia organización contralista, fue insinuada por Riva-Agüero en su libro *La historia en el Perú* (Lima, 1910) en el capítulo sobre Garcilaso, y luego desarrollada en los trabajos de Horacio H. Urteaga y Philip A. Means. Ha tenido su mejor exposición en el admirable libro de Louis Baudín *L'empire socialiste des*

Inka, en las lecciones dictadas por Riva-Agüero en la Universidad Católica, publicadas con el título de *Civilización peruana. Epoca prehispánica* y en la *Historia del derecho peruano* por Jorge Basadre (Belaunde [1942] 1983: 166 n 1).

Las ideas de Cunow tuvieron así una larga influencia, pero en los tiempos iniciales, poco posteriores a su formulación, fueron seguidas por relativamente pocos autores, hasta que años después aparecieron los primeros escritos de Luis E. Valcárcel (*Del ayllu al imperio*, Lima, 1925, por ejemplo), y cuando los propios estudios de Cunow fueron traducidos al español a fines de la década de 1920, e incluidos en una colección dirigida por José Antonio Encinas; sin embargo, el libro fundamental de Cunow sobre los Andes nunca fue traducido al español. Los Andes y la población andina comenzaron, así, a ser un tema fundamental en la historiografía peruana. Aquí fue importante el indigenismo y los distintos autores que trataron el tema indígena, tanto en sus aspectos folklóricos y literarios primero, como reivindicacionistas o historiográficos después. De otro lado, Belaunde discutió con Mariátegui acerca de la formación nacional, el problema indígena, la aceptación o el rechazo a la herencia colonial o republicana.

Alguna vez se ha escrito que el indigenismo de Víctor Andrés Belaunde fue "tímido" (Flores Galindo), comparándolo con otros intelectuales de su tiempo, como Manuel Vicente Villarán o Alejandro Deustua. La afirmación no es feliz; Belaunde tuvo una aproximación académica a la población andina; en realidad, la tuvieron todos los autores mencionados y el propio Belaunde escribió al respecto: mientras no se resuelva la situación indígena, no puede resolverse el problema de la sociedad peruana. En sus palabras: "Cuando el Centro Universitario inició la discusión, en 1908, el problema indígena, frente al criterio biólogo y antiindigenista, sostuve con todo calor la siguiente tesis: La cuestión social del Perú es la cuestión indígena; ningún pueblo puede renunciar a su destino y el del Perú es resolverla, cualesquiera que sean los obstáculos y los sacrificios que haya que hacer para vencerlos" (Belaunde 1931: 28). No basta para diferenciar actitudes afirmar paladinamente que se habla en nombre del pueblo, ni tampoco una "voluntad política" pues, al fin y al cabo, la última no transforma en más correcta la aproximación de un José Carlos Mariátegui, cuyo conocimiento teórico del mundo andino podría ir a la par que el de Belaunde, pero posiblemente el último había caminado más por los

Andes que el primero al momento de escribir sus primeros libros. Es injusto afirmar que el indigenismo, que no es simplemente una denuncia con aguzado interés ideológico, tiene como necesaria premisa la concepción del poblador andino como una suerte de ser inferior. Lo último podría aplicarse a todo esquema que suponga la necesaria "protección" del indígena americano, partiendo del propio Las Casas; se protege no sólo al débil, sino al inferior.

No está desactualizada aún en nuestros días la imagen crítica que hiciera también en 1908 Belaunde, quien señaló que los más importantes estudios sobre el Perú antiguo se hallaban fuera del alcance de los estudiantes, y aún de los especialistas peruanos, porque estos no hablaban o leían en otras lenguas y las obras escritas en el extranjero no se traducían al castellano. Lo afirmó en *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*. Este problema sigue vigente, aunque algo atenuado hoy en día, pues se han hecho esfuerzos por poner a disposición de los lectores dichas obras (en especial, es claro, las más recientes), y son cada vez más los historiadores peruanos que, saliendo del aislamiento lingüístico, pueden emplear otras lenguas.

Deberá reestudiarse el contexto del término *Peruanidad*, que Belaunde acuñara. Posiblemente allí mismo encontraremos nuevas formulaciones (Cf. Belaunde 1983: 7). La noción de peruanidad se construyó -ya se ha dicho- sobre la base del estado, como lo hace la línea general de la historiografía peruana desde Mariano Felipe Paz Soldán; para éste, la historia del Perú independiente se hacía inteligible cuando el país de constituyó en estado a raíz de la Independencia. La línea de pensamiento mencionada continuó después de Belaunde, y se expresó finalmente en frases de César Pacheco: "El Incario nos legó la Patria; el Virreinato la Nación; y la República el Estado" (Pacheco 1964: 76, cit. en Iwasaki 1988: 109). El problema sigue siendo que la historiografía concibió al estado (y no a la sociedad) como la base de la constitución nacional; de esa manera la historiografía expresó una noción que podía convertirse en autoritaria.

Belaunde había planteado otros criterios cuando escribió *La realidad nacional*; hoy se hace conveniente una revisión de las ediciones desde la primera (publicada en las páginas del *Mercurio Peruano*) hasta las últimas, pues es posible que se encuentre algunas diferencias que deberán ser mejor precisadas.

La forma como Belaunde vio los Andes adquiere diferentes dimensiones. En su tesis sobre *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*

buscaba deslindar “el concepto tradicional y el concepto moderno sobre el Perú prehispánico y la evolución de las ideas al respecto, desde los cronistas hasta los sociólogos” (1987: 132). Allí pasó revista a numerosos aportes de diferentes especialistas, todos extranjeros a excepción de Riva-Agüero; esto tiene una explicación inicial. La historiografía peruana no había dedicado un énfasis especial al Tawantinsuyu; en 1908, fecha de aparición del libro, no se disponía aún de los trabajos iniciales de Julio C. Tello y se hallaba muy lejano aún el primer libro importante de Luis E. Valcárcel (*Del ayllu al imperio*), aparecido en 1925. Muy probablemente, Belaunde participaba de la crítica que Riva-Agüero hiciera a Sebastián Lorente en su *La historia del Perú*.

Las conclusiones de su tesis reflejan un marcado evolucionismo, siempre Spencer, pero donde se aprecia un interés específico por la historia de la población andina, a través de las instituciones jurídicas. Reclamó entonces la necesidad de estudiar diversos factores que señaló como internos y externos; entre los primeros se hallaban el lenguaje, la moral y el mito (sobre los últimos haría un estudio posterior: *Los mitos amazónicos y el imperio incaico*), entre los segundos “...el territorio (entiéndase bajo este rubro la posición, la configuración, el clima, la flora y la fauna), la herencia, la raza, la población, la imitación y la educación, la división del trabajo y la guerra” (Belaunde '1908' 1987, I: 133-134). La óptica jurídica tiene indudablemente un peso específico en sus análisis, no extraña: las frases anteriores figuran en su tesis para el Doctorado en Jurisprudencia; pero las temáticas denuncian un amplio interés historiográfico, por más que ensombrecido por el uso del término *sociólogo*, entonces entendido como “modernidad” académica. De otro lado, el enfoque institucional es visiblemente spenceriano.

Siendo necesario precisar el tiempo de los incas como la patria (recordando el comentario anteriormente citado de Pacheco), cabía la discusión de si la accidentada geografía había determinado la proliferación de unidades políticas. A propósito, Belaunde citó allí la referencia que tomaba Spencer del conocido libro de Ephraim George Squier: “El otro ejemplo nos lo ofrece el antiguo Perú, donde antes de la conquista de los incas, sociedades semi-civilizadas se constituyeron en valles separados, unos de otros, en la costa por tórridos desiertos más o menos infranqueables y más adelante en la tierra [sic], por montañas elevadas o por punas frías impracticables. Squier reconoce

un factor de su civilización en la imposibilidad en que esos pueblos se encontraban, a consecuencia de esas condiciones, de escapar a la acción gubernamental; y un conocido escritor español, Cieza, veía en ello las causas de las diferencias sociales que separan a los peruanos de sus vecinos los indios de Popayán, que podían batirse en retirada hacia otras regiones fértiles cada vez que ellos eran atacados” (Belaunde '1908' 1987, I: 93).

Aquí reside un importante punto de controversia en la interpretación de las sociedades andinas. Desde el siglo XVI las crónicas habían definido el régimen político del Tawantinsuyu como centralista, autoritario y, por cierto, tiránico. Al principio, Atahualpa era el único ilegítimo, puesto que Huáscar gozaba de la atribución de legitimidad; pero con el tiempo -y después que sólo a inicios de la década de 1550 se dispuso de una genealogía de los incas cuzqueños- se llegó a concluir en los tiempos toledanos de que todos los incas y, en general, toda forma de autoridad andina posterior a 1533 era ilegítima. Para legitimarla se requería del nombramiento español. Ello permitía una justificación de la conquista española.

Es en tal contexto que debe entenderse la afirmación de Cieza de León que distinguía niveles de civilización al oponer las sociedades “civilizadas” (aquellas que habían tenido un régimen político estable, si bien totalitario, como los incas) a aquellas sociedades que por no haber estado acostumbradas a servir a un Señor seguían viviendo en *behetrías* y eran más afectas a la libertad. Entre las últimas colocaría Cieza de León a los habitantes de Popayán como también a los araucanos y chiriguanos. Así, quedaba presentada la identificación entre totalitarismo y civilización, tan cara a los cronistas del siglo XVI: si a sus ojos, los Incas habían sido una sociedad civilizada era justamente porque habían sido gobernados central y autoritariamente. Ello, encajaba perfectamente con las lecturas de Belaunde de la obra de Spencer, y permitía relacionar al Tawantinsuyu con los imperios militaristas, cuyo prototipo establecía Spencer justamente en los Andes.

No estará demás llamar la atención acerca de que las investigaciones contemporáneas erosionan seriamente tales conclusiones. Es visible que si el Tawantinsuyu de los Incas pudo expandirse hasta alcanzar un amplio horizonte andino, ello no fue únicamente el resultado de una política militarista, sino específica generalización de principios de reciprocidad y redistribución. Al ingresar dentro de un régimen generalizadamente redistributivo, los pobladores de los diferentes

grupos andinos se articularon en el Tawantinsuyu de los Incas; ciertamente, tal forma de relación no obvió el conflicto ni la tensión pero reconoció (estableció) canales de mediación muy posiblemente relacionados con ocasiones rituales.

Otro trabajo donde se precisa la imagen del Tawantinsuyu es el artículo "Incan communism and bolchevism" aparecido en 1923 y sólo traducido al español para la última edición de sus *Obras* (1987, I: 191 y ss.). Allí Belaunde continuaba enfocando la comparación entre la sociedad incaica y el comunismo (la había hecho antes, en 1908); pero debemos precisar que tal relación no era inocua: Belaunde indicaba inequívocamente que el tema de su conferencia era comparar "estos dos casos de comunismo, único en la historia: el de los Incas, y el del soviét; aquél en el antiguo Perú y éste en la Rusia moderna; aquél que construyó un imperio y una civilización y éste que busca ahora destruir una sociedad y una cultura" (Belaunde 1923 1987, I: 192). El comunismo de los incas era una *realidad* y, a sus ojos "Hasta los historiadores más escépticos se ven obligados a aceptar la auténtica índole comunista de la federación peruana" *Ibidem*. No pudo verificar Belaunde que tal visión -según él y muchos de sus contemporáneos sustentaban por las obras de los cronistas clásicos- se hallaba condicionada por el utopismo vigente en determinados sectores de la cultura popular europea del siglo XVI, que había alcanzado a llegar a América, no tanto en la obras de Thomas More, como en las versiones modificadas de las tesis del abad calabrés Joaquín de Fiore, adoptadas por los franciscanos espirituales que conformaron el primer grupo enviado por el cardenal Francisco Ximénez de Cisneros a la Nueva España. Su influencia alcanzó, ciertamente, la primera evangelización peruana anterior a los criterios tridentinos. Se requiere nuevos estudios sobre este asunto, que no se limiten a los ejemplos de Vasco de Quiroga, sino que se extiendan a la generalizada influencia lascasiana: para probar la maldad de los conquistadores se pensaba entonces que bastaba demostrar la bondad natural de los conquistados.

Parte del mismo argumento esgrimido para justificar la autoridad del Inka (para poder justificar a su vez la del rey en América) se encuentra reflejado en el texto de Belaunde: "Es verdad -escribió- que este régimen -el incaico- era una negación de la libertad personal. Sin embargo, nadie puede negar que aseguraba a los individuos su mantenimiento material o que contribuía al progreso de la sociedad. El eminente Polo de Ondegardo dijo: 'Por lo tanto nunca hubo hambre en

este reino'; y Santillán: 'Había mucho en su gobierno que era tan bueno como para recibir alabanza e inclusive para ser digno de imitarse'. Sin embargo, más elocuente que la opinión de los historiadores eran las evidencias materiales del bienestar del pueblo. Estas evidencias consisten en el incremento de la población -los españoles encontraron más de ocho millones de habitantes en el Perú- y en la extensión del cultivo en las laderas de las montañas, en forma de andenes, muchos de ellos hoy día abandonados". (*Ibidem*: 193).

Pocas cosas se han repetido tantas veces como la inexistencia de la pobreza en los Andes precolombinos, salvo quizás la absurda idea de que no había ladrones, mentirosos ni perezosos porque una presunta norma así lo prohibía. Como en toda sociedad, si algo se prohibía era justamente porque se hallaba muy extendido y se consideraba pernicioso. No había hambre y la gente era "solidaria" porque las obligaciones de parentesco eran muy estrictas en el universo de la reciprocidad. Por ello, bien decía el Inca Garcilaso (citando a Blas Valera) que era rico "el que tenía hijos y familia para acabar más aína el trabajo tributario que le cabía; y el que no la tenía (la familia), aunque fuese rico de otras cosas, era pobre" (Garcilaso 1943-1609, Lib. V, cap. XV). Y el célebre documento de Huarochirí, recopilado por Francisco de Avila precisaba que Huatyacuri era tan pobre "que se alimentaba sólo de papas asadas" (Avila ¿1598? 1966: 35) ¹. Lo que se quería exponer en el último caso era que era pobre quien vivía aislado de un grupo de parentesco, por eso no podía acceder a la reciprocidad ni a la redistribución.

Otro asunto particularmente grato a Belaunde fue la formulación del mestizaje como elemento calificador de la historia peruana. Preocupado por los elementos de desintegración del país, llegó a discutirlos en medio de la problemática de la república (Belaunde, 1942 1983 cap. XVI). Es importante precisar: opuso continuidad a desintegración, entendiendo que la primera exigía su propio reconocimiento a lo largo del tiempo largo, a través de diversos períodos (el incario y sus tiempos anteriores, la colonia, la república). Es importante el tema, pues la formación histórica del Perú no es privilegio de uno de aquellos períodos sino de la inevitable suma de todos. "El espíritu jacobino y el espíritu marxista -escribió- han pretendido desnaturalizar la relación de los tres períodos de nuestra historia. Es evidente que el Estado agropecuario que fue el Imperio Incaico deviene un gran centro de producción minera en el Virreinato, y la República agrega a

la incipiente autarquía industrial, la libertad de comercio y el comienzo de una verdadera industrialización. Hay, pues, en estas tres etapas continuidad y complementación. Se dibuja a través de ellas al Perú integral desde el punto de vista económico..." (1942 1983: 413-414). Lo que deseaba mostrar Belaunde era que las distintas épocas de la vida del país no eran opuestas, sino complementarias; la vida de las gentes las atravesaba, rompía sus fronteras arbitrarias. La imagen de la continuidad, ofrecida por Belaunde en *Peruanidad se complementaba con la que Basadre disponía en *La promesa de la vida peruana* o en "La experiencia histórica peruana".*

Confusión similar ocurrió con la noción de mestizaje; se vio en ella una forma de encubrir el conflicto posible. Desde el marxismo, era fácil que los historiadores privilegiaran el conflicto, encontrando en él un motor de las reformas sociales, de la historia en suma. Así, un léxico de la violencia ingresó en la interpretación reciente del Perú, aún en versiones que se proclamaban católicas. Se satanizó la república criolla, como opuesta a una "popular" que se suponía representada por la revolución. Se pensó, considerando las palabras estáticas, que criollo era en el siglo XX sólo el descendiente de españoles que había sido en el siglo XVII o aún en el XVIII.

Pero se debe plantear la noción de "criollo", como la noción de peruano, en términos múltiples. Diego Caqui era curaca de Tacna y testó en 1588. Sólo 55 años después de los acontecimientos de Cajamarca. Declaró ser propietario de 110,000 cepas de vid, disponía de una fábrica de odres, de otra de vino (con prensa y lagar), vendía vino en Potosí, transportándolo en sus propias llamas, también tenía dos fragatas y un balandro (Pease 1981) para llevar su vino desde Valdivia hasta Panamá. El protomédico de esta última ciudad publicó un folleto donde afirmaba que el vino peruano era dañino; al parecer, Caqui y otros productores comenzaban a competir con los importadores de vino español. En medio de una larga serie de descendientes, uno de ellos, Toribio Ara era, en el siglo XVIII, abogado de las Audiencias de Lima y Charcas, tenía una importante biblioteca cuyo inventario hallé alguna vez en el Archivo de Santiago. Finalmente, los descendientes de Don Diego Caqui en el siglo XX se encuentran en la familia Forero, los hermanos Jiménez Borja y Jorge Basadre. Es visible, entonces, que la sociedad criolla del siglo XX también se formó desde la población andina, y no solamente a partir de la de origen español². Encarado así, el mestizaje resulta integrador en el tiempo largo y y no

un recurso para enmascarar la historia como tantas veces se ha dicho. A fin de cuentas, hace años que un antropólogo francés, Maurice Godelier, había explicado que tanto las situaciones de conflicto, como las de consenso absoluto, eran escasas, precisando que la historia transcurría en medio de ambas, en aproximaciones parciales a uno u otro extremo. Esto es importante para entender la forma como se ha trabajado la problemática andina en la historia peruana: en demasiados casos se le ha considerado excluyente, olvidando que la propia población andina ha expresado en diferentes momentos su opinión y su interés.

Basadre recordó en los últimos años, en los comentarios a *Perú, problema y posibilidad* (1931 1978: 325), que los peruanos habíamos sobrevalorado lo que nos debía unir, pero habíamos subvaluado aquellos elementos de desintegración. Ello se refería, ciertamente, a la forma como cierta historiografía peruana había preferido mantener a la población andina como el sujeto pasivo de una historia importada, que sólo aparecía cuando se producían sublevaciones coloniales, o cuando el hombre andino era sujeto de la mita o de la hacienda. Los años han modificado las cosas, hoy a nadie sorprenderá descubrir diversas maneras de ser peruanos, como la que se desprende de las afirmaciones de un informante andino del antropólogo Alejandro Ortiz, quien declaraba al iniciarse la década de 1970: "Ustedes no son peruanos (entonces, yo sí), son españoles o cruzados, son familia de Pizarro (yo no). Yo soy Reyes, soy familia de Inkarrey" (Ortiz 1970: 35). Lo que el informante deseaba expresar es que hay varias formas de ser peruano, la suya y la del informante; y tanto Reyes, -apellido como Inkarrey, son nombres integrados, mestizos diría Belaunde.

Así, un nuevo aniversario del nacimiento de Víctor Andrés Belaunde debe hacernos pensar en la necesidad de concebir el Perú en sus diversas formas, de recordar que podemos ser una unidad en medio de la diversidad, y que podemos ser peruanos de muy diversas formas, con distintas lenguas y costumbres, pero con una sola esperanza.

Notas

1. La versión del mismo texto, trabajada por Taylor dice: "la gente de aquella época lo llamaba Huaticuri porque, siendo muy pobre, se sustentaba sólo con papas hustiadas" Taylor ed. 1987: 87.

2. Por cierto, la noción de criollo, que se ha mantenido estática para algunos, es bastante más flexible; recuérdese lo que escribiera el Inca Garcilaso: "A los hijos de español y de española nacidos allá [en América] dicen criollo o criolla, por decir que son nacidos en Indias; es

nombre que lo inventaron los negros, y así lo muestra la obra. Quiere decir entre ellos negro nacido en Indias inventáronlo para diferenciar los que van de acá [de España], nacidos en Guinea, de los que nacen allá, porque se tienen de más honrados y de más calidad por haber nacido en la patria [=lugar donde nacieron o están enterrados los padres], que no sus hijos, porque nacieron en la ajena, y los padres se ofenden si los llaman criollos. Los españoles, por la semejança, han introducido este nombre en su lenguaje para nombrar los nacidos allá. De manera que al español y al guineo nacidos allá les llaman criollos y criollas" (Garcilaso '1609' Lib. IX, cap. XXXI, 1943, II: 278-279).

BIBLIOGRAFIA

- AVILA, Francisco de
[¿1598?] 1966 *Dioses y hombres de Huarochiri*, traducción de José María Arguedas, estudios de éste y Pierre Duviols, Museo Nacional de Historia e Instituto de Estudios Peruanos, Lima.
- BASADRE, Jorge
[1931] 1978 *Perú, problema y posibilidad*, 2ª ed., con apéndice "Algunas reconsideraciones cuarentisiete años después", Banco Industrial del Perú, Lima.
- BELAUNDE, Víctor Andrés
[1908] 1987 *El Perú antiguo y los modernos sociólogos*, en *Obras Completas*, vol. I, Lima.
[1923] 1987 "Incan Communism and Bolchevism", en *Obras Completas*, vol. I, Lima.
1931 *La realidad nacional*, Editorial Le Livre Libre, París.
[1942] 1983 *Peruanidad* [5ª edición], est. prel. de César Pacheco Vélez, Banco Industrial del Perú, Lima.
- GARCILASO DE LA VEGA, Inca
[1609] 1943 *Comentarios reales de los Incas*, ed. y est. prel. de Angel Rosenblat, Emecé, Buenos Aires.
- IWASAKI, Fernando
1988 *Nación peruana: entelequía y utopía*, CRESE, Lima.
- ORTIZ RESCANIERE, Alejandro
1970 *De Adaneva a Inkari*, Retablo de Papel Editores, Lima.
- PACHECO VELEZ, César
1964 "El peruano frente a la historia del Perú", *Biblioteca Hombres del Perú*, vol. I [17-84], Lima.
- PEASE G. Y., Franklin
1981 "Las relaciones entre las tierras altas y la costa sur del Perú. Fuentes documentales", en Shozo Masuda ed.

Estudios etnográficos del Perú meridional, Universidad de Tokio [193-221], Tokio.

TAYLOR, Gerald
1987

Ritos y tradiciones de Huarochiri del siglo XVII, ed. y est. de..., est. sobre Francisco de Avila de Antonio Acosta, Instituto de Estudios Peruanos, Lima.